

**iFelices<sup>los</sup>  
que trabajan  
por la Paz!**

**XIII Domingo del tiempo Ordinario – Ciclo A  
Julio 2 de 2017**

2 Reyes 4, 8-11-14-16a  
Salmo 88  
Romanos 6, 3-4.8-11  
Mateo 10, 37-42

**Perder la vida... para encontrarla en la acogida a los otros**

Las noticias que escuchamos diariamente nos pueden llenar de desesperanza y desaliento. Temas como la corrupción, la violencia generalizada que transita entre feminicidios, homicidios a líderes sociales y la infinidad de abusos hacen que miremos el futuro con desconfianza.

Ante esta situación, a veces desbordada, nos podríamos llenar de desánimo, incluso entrar en una especie de letargo existencial en que se nos puede diluir nuestra capacidad de compromiso con la realidad, lo cual es antagónico del cristiano.

Por otra parte, desde el Evangelio, a primera vista, la expresión de Jesús “el que ama a su padre o a su madre, (...) a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10,37) puede parecer muy fuerte y hasta contradictoria, especialmente cuando uno de los mandamientos de la ley mosaica pide honrar al padre y a la madre (Cfr. Ex 20,12; Dt 5,16; Lv 19,3; Ef 6,2).

Sin embargo, a la luz de los textos propuestos por la liturgia, es posible comprender tales afirmaciones: ante la urgencia y la novedad del Reino de Dios, todo lo demás se relativiza. Es decir, que todo lo demás adquiere su importancia sólo en la medida en que sea reconocido como transparencia de Jesús y de su apuesta por el Reino.

Así, el trato hacia los demás adquiere su máxima expresión, no por el hecho de que sean padre, madre, hijo o hija, sino cuando, independientemente de los lazos de sangre o de afinidad, se reconoce en ellos la sacralidad de su persona por el hecho de ser sacramento y transparencia de Cristo. Sólo así puede entenderse que el que recibe a un discípulo de Jesús es a Jesús mismo a quien recibe.

Esta es la lógica empleada por la sunamita con su esposo en la primera lectura: acoge a Eliseo en su casa, no por ser pariente o alguien importante, sino por ser “un santo hombre de Dios” (2R 4,9); es decir, por reconocer en él y en su humanidad la viva imagen de Dios. La mujer de Sunam hospeda, el salmo admira las maravillas, en la carta de Pablo la invitación es a incorporarse y en el evangelio de Mateo a dejarlo todo para lograr una confianza plena.



# **i Felices los que trabajan por la Paz!**

En suma, desde la lectura de Reyes hasta la de Mateo hay algo que nos impulsa a tener confianza que surge desde la posibilidad de hospedar, de incorporar, de creer y de admirar. No es tan fácil creer en medio de tanta adversidad, pero en realidad ahí está la fuerza. Cada uno de estos verbos nos capacitan para hacerlo. El que hospeda abre espacio, el que se incorpora adquiere la fuerza de la comunidad, el que lo deja todo se arriesga desde la obtención de algo mayor.

De este modo, se revela la "lógica" aparentemente "ilógica" del Reino. Cuando nos buscamos a nosotros mismos, queriendo garantizar nuestro propio éxito, confort y bienestar, nos perdemos. Cuando perdemos la vida acogiendo a los otros, dándonos y reconociendo en ellos a Cristo, nos encontramos. Se gana la vida perdiéndola, se alcanza la plenitud plenificando, dignificando a los demás.

El reto consiste en renovar nuestra confianza para dejar de ver en el otro a un extraño, una amenaza o hasta un enemigo; para reconocer en él la presencia de Dios que pide nuestra acogida y compromiso. ¿Estamos dispuestos a aceptar este desafío?

